

En memoria de Enrique Garcés

ALEJANDRO CARRION

Hay quienes parecen haber nacido para morir. En realidad, todos tenemos que morir, pero la muerte no es el objeto principal de nuestra vida. Pero hay, repito, personas cuyo objetivo máximo, sin duda, es el morir. Van preparándose poco a poco para su fin, cada uno de sus actos allá los conduce, su acción entera no es sino la organización metódica de su propio funeral. En cambio, otros —y de ellos era Enrique Garcés— no sugieren en forma alguna, de acción o de pasión, de pensamiento o de palabra, la idea de la muerte. Pertenecen a la vida, forman en sus filas, para ella trabajan, son parte de su ejército. Sus días se cuentan en minutos de acción, su vida entera es una sola jornada sin reposo. Esas vidas se beben de un trago, se caminan a tranco igual sin regresar a ver, son un solo esfuerzo ininterrumpido, en el que no cabe el desánimo, ni el arrepentimiento, ni el “borra y va de nuevo”.

Escribo en lejanas tierras extranjeras, lamentando la muerte de mi amigo: lo veo claramente con los ojos del afecto, que todo lo acerca, y representándomelo como fue, un manojo de pensamientos, nervios y músculos en perpetua acción, hallo que no puedo creer que esté tendido dentro de un ataúd, bajo la tierra. Simplemente la idea de la muerte, del fin definitivo, no se conviene con su imagen dentro de mi mente. Quien tanta vida tenía, quien la repartía y derrochaba a manos llenas en su acción incesante, ¿cómo pudo, cómo fue que

murió? ¿qué trampa le tendió la muerte? ¿Cómo lo cogió descuidado?

Yo hablo de la acción incesante de Enrique Garcés y al hacerlo describo íntegramente su presencia en la tierra. Su acción era el perseguir sin término el bienestar de su patria y de su gente, con una generosidad que no reconocía límites, y a la que entregaba su ser completo, su excelente bagaje intelectual, su cultura amplísima, su buen humor inagotable, su cordialidad perpetua. Su religión era el servicio y a él se entregaba como un apóstol, con el claro fanatismo de quien, desnudo de ambiciones estrechas, sólo tiene en el alma la inmensa ambición de servir a su tierra, entendiéndola como reunión de hombres a los cuales hay que hacer el bien.

Enrique Garcés era médico, pero no el médico de consultorio con cobrador a la puerta, ni el cirujano que tiene en la una mano el bisturí y en la otra una estilográfica para que el enfermo firme el cheque. No, Enrique Garcés era el médico que planea el bienestar general y sale al periódico, a la radio, a la TV, a la cátedra, a luchar para hacerlo realidad. El concepto del bienestar general que Enrique Garcés tenía no era, entendámoslo pronto, el de un médico sanitario. No, de ninguna manera. Era el de un bienhechor completo, y junto a la higiene, a la terapia preventiva, a la planeación familiar y a la conservación del ambiente unía la concepción completa de una sociedad en la que la justicia económica no signifique la pérdida de la libertad, sino su logro pleno: era un intelectual socialista, de un socialismo humanista fuertemente arraigado en un corazón donde sólo cabía la bondad.

La acción de Enrique Garcés en gran medida se empleó en la cultura: buscó las raíces de su pueblo en la historia, en la geografía, en la literatura y en las bellas artes, e hizo periodismo y escribió libros y dictó cátedras para sacar conclusiones que desde lo que fue y desde lo que es nos ayuden a comprender nuestra circunstancia y a construir nuestro porvenir. No creo que en su generación haya nadie más entregado a esta gran tarea de pensador, de creador, de divulgador, de actor y conductor, de maestro, en fin.

Nunca desdeñó ni temió la acción inmediata: periodista y dirigente de periodistas; profesor y dirigente universitario, inclusive Decano de Facultad; funcionario del Seguro Social en su Departamento Médico; ejecutivo de la Casa

de la Cultura; funcionario de los Departamentos de Salud; consejero municipal, legislador... estuvo en todas partes donde podía ser útil y jamás pensando en sí mismo. Las ideas generosas, las iniciativas constructivas, o brotaban de él espontáneamente o lo buscaban. En política, siempre estuvo en el lado justo y noble, y cuando soñamos construir un Ecuador que fuera una democracia social permanente y estable, que fuese ese "pequeño pueblo cristiano que trabaje y que lea, que tenga que comer y que sepa vivir" —como lo describió alguna vez Benjamín Carrión—; cuando con los mejores ecuatorianos quisimos construir permanentemente a base del Frente Democrático, allí estuvo él, y junto con él compartimos la amargura de ver a la sana razón triturada por un aluvión de palabras huecas como la muerte y como ella malvadas.

Amor especial entre sus amores fue para Enrique Garcés su tierra chica, su Imbabura blanca y transparente, su Otavalo lleno de actividad y de belleza. Gran parte de su acción se consagró a su tierra chica. Como todo hombre bien nacido comenzaba a amar al Ecuador amando su tierra pequeña y desde ella su inmenso amor se proyectaba sobre la tierra grande con plenitud cabal.

No lo quiere creer la mente y el corazón menos aun, pero hay que rendirse a la dura verdad: Enrique Garcés ha muerto. Al acercarme a su tumba, no tengo otras palabras en mis labios amargos que las que dijo el mayor poeta del habla castellana en grave caso semejante, ante otra tumba igualmente clara e igualmente increíble:

¿Murió... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan,
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques sonad, enmudeced campanas!